La lagartija

Jorge Vega Aguayo

♦♦♦

Para Fran y Enri

Todo el día mi mamá nos advirtió que no nos ensuciáramos porque íbamos a visitar a una de las tías de Colima, hermana suya, a la que le decíamos nariz de picaserote. Mi mamá nunca supo cómo la llamábamos, si no nos hubiera puesto una buena cintariza.

Cuando nos estaba bañando, por la mañana, mi papá se puso el sombrero café, el tejano, y dijo que pronto venía. Nomás iba con su compadre *El Triste* a resolver lo del asunto ése de la parcela del que le había platicado anoche a mi mamá. "No te tardes, que mi hermana nos va a estar esperando, y ya sabes cómo es ella."

Mi mamá estaba enojada, lo supe por el tono de su voz. Era bien regañona y de la nada nos andaba pegando. "No me tardo" contestó mi papá, trepándose al *safari* y dando la vuelta por la esquina donde tenían la tienda los Rangel. Creí que iba a voltearse de tan recio que iba.

Después de bañarnos, mamá nos sentó en las sillas de plástico que hay en la sala y nos dijo, apuntándonos con el dedo, que ahí teníamos que quedarnos, como momias, porque si nos ensuciábamos aunque fuera la manga de la camisa, entonces pobrecitos de nosotros.

Hablaba en serio. Ya conocíamos sus amenazas. Más valía obedecer. Pero pasaron cuatro horas y nada de papá. Con las piernas entumidas y un poco de miedo, le pedí permiso para ir al baño.

Nada de lo que pasó a continuación fue culpa mía.

Al echarle agua al baño, una lagartija apareció en el borde de la pila del agua y se me quedó viendo. Yo dejé el balde en el piso y decidí aguantarle la vista, hipnoti-

zarla. Empecé a mover las manos como el mago del circo que vimos en Tonila, y me dije que pronto dominaría su mente.

Me sentí Kalimán.

Así estuvimos hasta que ella estiró la piel del buche y me presumió sus brillantes colores anaranjados. Yo quise hacer lo mismo pero no supe cómo. "Serenidad y paciencia, mucha paciencia." Lo intenté una vez más y tampoco.

La lagartija sacó otra vez su abanico y me dieron ganas de tentárselo. No sé por qué, pero me imaginé que era muy suavecito y que si se lo quitaba, todos los del salón me iban a tener envidia y ya no me dirían tamal mal amarrado, sapo panzón ni balón playero.

Sin pensarlo más me le dejé ir. Pero como estaba bien gordo, no calculé el estirón de la mano y me fui de largo. Terminé con el brazo y buena parte de la cabeza en el agua. "¡Hombre al agua!, ¡hombre al agua! Detengan las máquinas y prepárense para la operación rescate. Ésta es una emergencia. Repito, es una emergencia."

Cuando me repuse, la lagartija estaba al pie de la escalera de caracol que da a la azotea. Me sequé la cabeza con la toalla del baño y después avancé sigilosamente hasta llegar a unos dos metros de donde estaba mi presa.

Yo era una fiera cazadora. Un león. Todos en la selva me tenían miedo y nadie podía contra el poder de mis garras. Era el animal más feroz de todos, el único que no le tenía miedo a nadie, a nada. Por las tardes trotaba hacia el sol mientras el viento me revolvía la melena. Todos me querían porque en el fondo era bueno y siempre defendía a los oprimidos.

Clavé los ojos en el cocodrilo y me preparé para el ataque. Tensé los músculos de las piernas y salté. Haría pedazos a esa fiera maligna y en la selva volvería a reinar de nuevo la paz y la tranquilidad. El lagarto ya no mataría a nadie. Pero fallé y me di tamaño golpe en la pared que por unos segundos perdí el sentido.

Se me había escapado. Lo que más me dolía era la mano derecha. Una de mis uñas estaba sangrando. Me limpié la sangre en la camisa. Blanca.

La lagartija ya estaba en la azotea. Trepé la escalera a toda velocidad rebotando por todos lados, y en un segundo estuve arriba, jadeando, buscando aire por todas partes. Tardé un buen rato en calmarme. Me tuve que sentar cerca de unas macetas y abanicarme con la tapadera de una caja de zapatos con la que mi hermano *El Chocho* jugaba a las naves.

¿Dónde se había metido la bestia? Busqué un buen rato hasta que encontré, en medio de dos macetas, una colita bien conocida por mí. Me reí, seguro de que esta vez no se me iba a escapar. No me vería llegar. No sabría quién la estaba atacando porque yo sería una sombra, ágil, ligero como el viento.

Atacaba y después me iba y nadie sabía quién era yo. Lo único que recordaban todos era una silueta que aparecía y después se marchaba sin dejar rastro.

Avancé despacio, casi en la punta de los pies. El ataque del ninja asesino. Después, como tigre, me arrastré hasta donde estaba la lagartija. En la agachada que di se me rompió el pantalón. Rip. En la torre. Pero eso no importaba. Era la hora del combate. Le-

vanté la vista y la lagartija aún seguía ahí. No se había movido.

Esta vez no te me vas a escapar. Así que sin esperar más le dejé caer mi mano. ¡Te agarré! La mano me dolió horrible. Pero la tenía. Cuando traté de echármela en la otra mano sólo me quedé con la colita, brincoteante y arisca como culebra. Ese momento fue aprovechado por la lagartija, que se escondió entre las macetas donde mi mamá había plantado unos rosales blancos.

Enojado, agarré una tabla con las que hacen las rejas de jitomate y me le dejé ir. Al final de la historia, cuando ya todo parecía perdido, ciego de dolor, Kalimán logra vencer a la bestia de largos colmillos.

Y dale con la tabla por aquí, por allá. Que asomó la cabecita entre los rosales. Pum. Que por allí se le vieron las patitas sin cola. Pam. Tres macetas se cayeron a la calle, los rosales entre ellas. No me fijé en eso, estaba enojado, desesperado. Quería matar la lagartija a como diera lugar.

La maté de un sólido golpe en la cabeza momentos antes de que brincara a la azotea del otro lado, a la casa de los García, quienes tenían como diez perros bravos. A mí nunca me gustaron esos perros. Siempre que pasaba junto a ellos me mordían.

A mis pies, con los ojitos entreabiertos, estaba la lagartija, ya sin su abanico anaranjado. Me dieron ganas de llorar. ¿Por qué la había matado? Tuve pena de verla ahí, tirada y aguadita.

Era un asesino.

En esos momentos escuché la voz de mi mamá, terrible, con la que siempre me daban ganas de ir al baño. Una vez, cuando me sor-



prendió robando dulces de la alacena, me gritó tan fuerte que terminé orinándome en los pantalones. Y los tuve que lavar.

"¿Quién anda en la azotea?" Mi hermano *El Chocho*, como vieja, le dijo que era yo. "Es la puerca, amá. Ya tiene como una hora que se fue al baño." Quería que me pegaran. "A ver, gordo, te me bajas ahoritita mismo..."

Era un buen niño, después de todo. Lástima que se haya muerto tan chico. Dicen que su mamá no lo quería, que nadie lo quería. Pobre, debió sufrir mucho.

Me dio tanto miedo oír a mi mamá que me paralicé todito y sólo atiné a llorar como niña con falditas.

Sabía lo que me esperaba, y más por el estado en que había dejado las ropas. En ese momento quise ser Manuel el de Cuauhtémoc. A él nunca le pegaban y cuando quería le compraban cocacolas y lo dejaban ver la televisión.♦